

# dossier

## AMBIENTE DE CLASE E INVESTIGACIÓN ESCOLAR: EL AULA COMO CONTEXTO



Francisco J. Pozuelos Estrada<sup>1</sup>

Es cierto que la vida escolar tiene en el aula el espacio que mejor la describe y representa. Entrar en la clase nos lleva siempre a la médula del proceso educativo. Es en ese espacio donde las deliberaciones cobran carta de naturaleza, es más cualquier intención no resulta convincente hasta que no pasa por la prueba de la práctica. De este modo podríamos decir que el aula y su dinámica constituyen un escena-

rio privilegiado para estudiar cómo discurre la enseñanza y funcionan las ideas. Por ello no deja de ser paradójico comprobar como los estudios y la preocupación por conocer este ámbito cuenta con una historia relativamente corta.

Y si bien es cierto que, en la actualidad, podemos recurrir con frecuencia a elocuentes y bien fundamentadas propuestas educativas no es menos verdad que hallar testimo-

<sup>1</sup> Universidad de Huelva y Grupo de Investigación GAIA (Proyecto IRES)

# dossier

nios prácticos que las ilustren resulta francamente laborioso. Podríamos decir que el discurso, en buena medida, está más elaborado que el uso. Y no es que no existan esforzadas y valiosas experiencias en las que deparar pues en demasiadas ocasiones éstas no se encuentran suficientemente sistematizadas, no se divulgan o se hace en foros reducidos y cerrados.

De acuerdo con lo anterior, el dossier que hemos elaborado recoge distintas aportaciones y experiencias concretas que por su interés para la enseñanza merecen ser conocidas y estudiadas con objeto de presentar no tanto recetas y modelos a los que imitar como ejemplos que sirvan de orientación a otras tentativas que quieran iniciarse en un planteamiento educativo que se salga del rutinario discurso curricular habitual.

Tomando como referencia el marco del Proyecto de Investigación Aula (PROA) depararemos, dada su intención práctica, en distintos aspectos asociados a la acción educativa entendiendo por esto tanto la experiencia directa como las deliberaciones y bases que la sustentan.

Identificar posiciones teóricas que justifiquen un modelo más interactivo y dialogado constituye en núcleo básico del texto de Juan Bautista Martínez, no se trata, como podemos leer, de promover ingenuamente un cierto tipo de activismo con objeto de entretener al alumnado con fragmentos de distintas materias episódicamente presentados, el reto estriba en enseñar para la comprensión apoyándose para ello en un trabajo serio y riguroso que precisa de su participación en una comunidad capaz de decidir e involucrase en el estudio de temas relevantes y significativos para todos los que allí se encuentran.

Pero un modelo de enseñanza de carácter democrático basado en el tratamiento de proyectos que abordan cuestiones interesantes a partir de la indagación y el debate compartido, necesita de un ambiente que estimule y facilite las interacciones. Aceptamos que un cambio de escenario no significa, por sí mismo, una transformación de la enseñanza, pero también hay que reconocer que siempre que intentemos acercarnos a planteamientos más abiertos será preciso adoptar medidas organizativas y relacionales que resulten coherentes con esas intenciones. El texto aportado por Juan R. Jiménez nos acerca a esta realidad, para ello nos presenta la importancia que para todas las tentativas innovadoras ha tenido siempre la creación de un ambiente de aula decididamente humanizado y abierto a la participación, seguidamente propone una serie de criterios y orientaciones destinadas a favorecer un clima definido por la comunicación e integración de la diversidad que aparece en el marco de la clase.

Igualmente, cuando aludimos al aula no nos estamos refiriendo, en pureza, a un espacio físico, delimitado por unas paredes y un recinto cerrado. El aula en una propuesta comunicativa se configura como una comunidad de aprendizaje que tiene en diferentes áreas y lugares su sentido y realidad. Por tanto traspasar puertas, entrar en contacto con el entorno y establecer relación con otros contextos no sólo es algo deseable, más bien constituye uno de los referentes que mejor caracteriza a una clase que pretende salirse de la simplificada rutina escolar a la que estamos, lamentablemente, acostumbrados. El trabajo firmado por Gabriel Travé apunta en esa dirección y para ello señala tanto las referen-

cias y bases que sustenta la apertura al medio como un descriptor sustantivo de la enseñanza progresista como, también, muestra algunas sugerencias y ejemplos encaminados a promover esta iniciativa.

Trabajar en la práctica requiere, ineludiblemente, del uso de algún tipo de material. Ya nadie defiende que se pueda llevar a cabo una actividad escolar con la única contribución de los sujetos que participan. Lo cierto es que la inclusión de medios y recursos está aceptada de forma general, el problema aparece cuando resulta que todo el proceso depende de un único material o éste emerge como el auténtico protagonista de la experiencia, relegando a todos los demás al papel de obedientes "usuarios". Cualidad que tradicionalmente se le ha atribuido al libro de texto, dando pie, con ello, a pensar que incorporar las nuevas tecnologías conduciría inevitablemente a una mayor apertura en la educación. Ramón I. Correa y M<sup>a</sup> Dolores Guzmán en su artículo nos ponen en guardia ante esta simplificación, pues, según argumentan, en la mayoría de las ocasiones se observa un cambio superficial muy sutilmente movido por ciertos intereses comerciales. Como alternativa apelan a la pluralidad de medios, siempre al servicio del proceso —nunca como fin en sí mismos— y abiertos a la participación del profesorado a la hora de su contextualización.

El ambiente de la clase y la dinámica que en ella se lleva a cabo por muy participativa que se pretenda puede resultar incoherente si no se aplica un modelo de evaluación afín a los principios que se están promoviendo. Nadie se creará la importancia de la implicación mantenida a lo largo de una secuencia de aprendizaje si al final todo queda reducido a un control de resultados singularizado en una nota. Transformar nuestras clases reclama también un giro en la evaluación. Francisco J. Pozuelos atento a esta necesidad plantea la carpeta de trabajos como una alternativa consecuente con un marco escolar basado en el diálogo, la colaboración y la función orientadora de la evaluación.

Por otro lado, pensamos que nuestro dossier quedaría incompleto si todo lo afirmado anteriormente no viniese avalado por algunos casos que ilustrasen con su esfuerzo que esto es posible. La aportación de Antonio Romero, Ana Sánchez y M<sup>a</sup> Ángeles Vidal, así como las experiencias recogidas por Lorena González-Piñero y Francisco P. Rodríguez responden a esa intención. En sus artículos se exponen realidades concretas, algunas de ellas forman parte de la investigación colaborativa que estamos desarrollando con distintos centros educativos, otras se relacionan con proyectos afines. Pero siempre representan buenos ejemplos que ponen de relieve que es posible acercarse a la actividad de clase desde un ambiente definido por la ilusión y la voluntad de compromiso.

